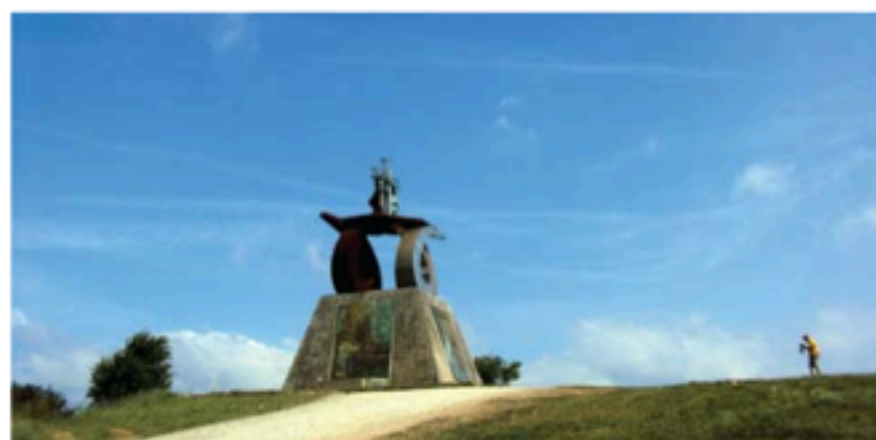


Buen Camino

Israel Téllez

SANTIAGO DE COMPOSTELA. Un golpe de calor en el rostro parece ser el saludo de bienvenida con el que la ciudad de Lugo, España -fundada en el año 25 a. C. por los romanos Cayo Antistio Veto y Paulo Fabio Máximo- recibe a los peregrinos primerizos que deciden hacer al menos las últimas cuatro etapas del Camino de Santiago.



El recorrido, de tintes religiosos a raíz de que se descubriera el sepulcro en el que supuestamente yacen los restos del apóstol Santiago, se ha consolidado en los últimos años como uno de los atractivos turísticos de España con mayor fama en todo el mundo debido a la belleza natural que la ruta posee y a lo económico que puede resultar para los turistas,

deportistas y amantes del senderismo. Aunque no forma parte del Camino, Lugo es el punto de inicio para muchos peregrinos que disfrutan del colorido que tiene esta antigua ciudad, antes de partir hasta Sarria, la pequeña urbe gallega desde donde se puede empezar la travesía si se quiere conseguir la Compostela, el documento que avala

el haber caminado al menos 100 kilómetros hasta pisar la catedral de Santiago de Compostela.

"¡Buen camino!", escucho con insistencia por parte de los lugareños y otros peregrinos que iniciaron mucho más atrás su recorrido; estas dos palabras, cargadas de una fuerza amigable que pocas veces he oído, se



convertirán en una frase que no dejaré de escuchar en los poco más de 105 kilómetros que hay por delante.

Flechas y conchas, las guías

Aunque es verano, la niebla inunda el lugar y da una extraña sensación de misticismo medieval al Convento de la Magdalena, en donde consigo el "pasaporte" que deberé sellar a lo largo de la ruta y mostrar a mi llegada a Santiago.

La atmósfera es apuntalada por el sacerdote que sale a las puertas del sitio y me ofrece un vaso de agua como gesto de empatía. Explica que hay que seguir las flechas amarillas o, en su defecto, las conchas que se erigen a lo largo del camino. "Es la única guía que de verdad importa", insiste a manera de despedida.

Éstas me llevan hasta el Ponte Áspera, un puente medieval bajo el cual corre un pequeño arroyo que, tras librarlo, me lleva hasta una especie de altar, en cuya cima se encuentran apiladas un montón de piedras; en él, tallada perfectamente, veo la figura de la concha y la inscripción "K.104", señal que tomo como el inicio oficial de la travesía.

Mi improvisado y optimista plan es alcanzar el objetivo en cuatro o máximo cinco días, lo que significa una media de entre 20 y 25 kilómetros que, honestamente, no parecen insalvables tras concluir el primer tramo y llegar a Portomarín, con el sonido del río Miño como cálida canción de bienvenida.

En el camino andamos

Hiroki sólo dice que sí -quizá ignora que yo sé que, por educación, los japoneses nunca dicen no- y me explica que lleva caminando una semana y su recorrido promedio es de 35 kilómetros diarios. Son las 7 de la mañana y ya nos

dirigimos a Palas de Rei.

La distancia para este día es de 25 kilómetros, y conforme me adentro en el Camino el dolor en los tobillos aumenta en la misma forma que lo pintoresco del paisaje: campos de un



verde extraordinario y puentes que me recuerdan a las miniaturas que se venden en México durante diciembre para recrear el nacimiento.

A media mañana, justo al llegar hasta Airexe, una mujer sale al paso y nos ofrece pulpo a la gallega; tras unos minutos de negociar logramos que por dos raciones sean 10 euros, incluido el pan y el espectáculo de ver cómo la señora corta con maestría el octópodo con unas tijeras de "pollero".

La energía es suficiente para llegar hasta la iglesia de San Tirso, donde el sacristán sella pasaportes como si se tratase de un burócrata. Hiroki se despide, pues su plan de caminata para el día aún tiene algunos kilómetros más. "Buen amigo, mexicano; buen amigo y buen camino", me dice y hace una reverencia como las que se ven en las películas o en las clases de karate.

Viaje en el tiempo

"Esas zapatillas no te ayudan en nada, chaval", me dice Diego pocos metros antes de cruzar el límite entre Lugo y A Coruña. Andalúz y devoto del apóstol Santiago, con orgullo me enseña la concha que adorna su mochila. "Necesitas protegerte los tobillos; cuando lleguemos a Arzúa, véndate", me sugiere.

Mentiría si dijera que el dolor disminuye conforme avanzo, pero la escena que me encuentro en Leboreiro me hace olvidarlo un poco: un "cabeceiro", una especie de canasto gigantesco que los lugareños utilizan para conservar mejor el maíz, un campesino llenándolo y, justo al lado, el sacerdote de la iglesia de Santa María, ataviado con su hábito y platicando con los parroquianos. Un auténtico viaje en el tiempo.

Tras seis horas caminando y luego de librar los cauces de los ríos Seco, Furelos, Catasol, Boente e Iso, finalmente llego a Arzúa, punto de enlace entre el Camino Francés y el Camino del Norte. Aún restan 39 kilómetros y pienso que perfectamente



quedarán divididos en 20 por día, aunque la falta de un lugar para dormir cambiará mi optimista proyecto.

Cuidado con los jabalíes

"Joder, que no hay lugar y vamos a tener que caminar 10 kilómetros más si no queremos pagar 20 euros por noche", le dice Almudena a Patxi, su esposo. Luego de caminar por 19 kilómetros y poco más de cuatro horas, O Pedrouzo parece no estar dispuesto



a hospedarnos, so pena de rebasar el presupuesto.

Sentados en un parque, la pareja me cuenta que prefieren pagar, pues el cansancio les hace mella. Tomamos una cerveza y, en un arranque de valentía, opto por caminar esos 10 kilómetros que no había contemplado un día antes.

En el Camino me encuentro con Alberto, Miguel y Josu, tres hombres cuya amistad, según me cuentan, viene

La llegada

"Lo hiciste, chaval", me dice Diego, el andalúz, a quien me encuentro alrededor de las 8 de la mañana haciendo fila para recibir la Compostela. Las caras de emoción de algunos rostros familiares me producen cierta emoción y orgullo.

La misa con el butafumeiro esparciendo el olor a incienso dentro de la Catedral de Santiago, el abrazo a la imagen del apóstol y la petición



de un deseo, además de la visita al sepulcro donde supuestamente yacen sus restos, extrañamente me parecen un complemento que, aunque si no estuviesen, en poco alteraría la experiencia.

Sonríe y reflexiono que, como dicen los peregrinos más experimentados, lo importante no es alcanzar el destino, sino lo que descubres en la ruta cuando se tiene un "Buen Camino".

de un deseo, además de la visita al sepulcro donde supuestamente yacen sus restos, extrañamente me parecen un complemento que, aunque si no estuviesen, en poco alteraría la experiencia.

Sonríe y reflexiono que, como dicen los peregrinos más experimentados, lo importante no es alcanzar el destino, sino lo que descubres en la ruta cuando se tiene un "Buen Camino".

